

Hermandades

=De Nosotros. Madrid.=

Como tantas, vino a mí en busca de consejos, de apoyo espiritual.

Yo la conocía superficialmente de haberla visto en reuniones del partido. Tiene una cara bonita, expresiva, con ojos algo tristes.

Cuando vino a verme, su cara estaba más pálida que de costumbre, sus ojos más grandes y más tristes.

—Vengo a verla, porque no sé adónde ir... Hace tres semanas que no tengo albergue... No tengo dinero para vivir... ¡Déme usted trabajo! Si no, sólo me queda un recurso: la calle.

—Yo recuerdo que usted trabajaba. ¿Estaba usted colocada? ¿La han despedido?

—Sí. Yo trabajaba en la expedición. Hace dos meses que perdí el puesto... a causa de mi niña. Estaba enferma. Faltaba frecuentemente al trabajo. A fuerza de rogar, evité tres veces que me despidieran; pero en agosto me dejaron cesante. Y dos semanas después murió mi pequeña. Pero no me han vuelto a tomar...

Bajó la cabeza. Sus pestañas espesas le tapaban los ojos. Posiblemente cubrían una lágrima.

—¿Pero por qué la despidieron? ¿No trabajaba usted bien?

—Al contrario. Soy muy buena trabajadora. Pero me dijeron que yo no necesitaba trabajar. Mi marido gana, está en el «Combinado» (1)... Es una personalidad importante... administrador...

—Entonces, ¿cómo dice usted que no tiene hogar ni dinero? ¿Se han separado ustedes?

—No, no nos hemos separado... Yo me he marchado de él. Para no volver más. Pase lo que pase... No volveré nunca más.

Las tristes pestañas ya no pudieron ocultar la lágrima...

—¡Perdone usted! Todavía no he llorado. No podía... Pero ahora... Se hace más difícil cuando encuentra una simpatía. Cuando le cuente a usted todo me comprenderá.

Su marido y ella se encontraron en 1917, mientras bramaba la revolución. El era entonces cajista. Ella trabajaba en la expedición de una gran editorial. Ambos eran bolcheviques. En ambos ardía la misma fe, el mismo deseo pasional: librarse del yugo de los explotadores y construir un mundo nuevo, justo... Los dos se entusiasmaban por los libros. A los dos les había cogido el remolino de la revolución, les había mareado... Los dos habían estado en sus puestos durante los días de octubre. En el fuego de la batalla, bajo el traqueteo de las ametralladoras, se encontraron sus corazones. Pero no tenían tiempo para legalizar su unión. Seguían viviendo como antes, cada uno por su lado. Sólo se veían de cuando en cuando, durante el trabajo. Pero aquellas entrevistas eran claras y alegres... Entonces eran «verdaderos camaradas»...

Pasado un año, ella esperaba un bebé. Legalizaron su unión y se instalaron



Maternidad

(Grabado a la punta seca por Lorenzo Gigli.)

juntos. El niño les sacó de su acostumbrada vida durante algún tiempo. Ella organizó una casa-cuna en su barrio. El trabajo era más importante que la familia. A veces el marido gruñía. Puede que tuviera razón; ella descuidaba algo la casa. Pero él tampoco estaba en casa nunca. Cuando la eligieron delegada al Congreso él estaba muy orgulloso.

—Ahora no harás gestos cuando la comida esté fría.

—¡Qué más da la comida! Lo importante es que tú no te me enfries. Allí vas a ver a mucha gente. ¡Ten cuidado!

Los dos bromeaban. Parecía que nada podía turbar su amor. No eran solamente marido y mujer, eran camaradas. Iban por la vida cogidos de la mano. Ambos tenían el mismo ideal. No se preocupaban de sus personas; sólo de su ideal, de su «gran ideal». El bebé les alegraba mucho. Era una nena muy sana.

¿Cómo y cuando cambiaron las cosas? Quizás desde que entró el marido en el «Combinado». Al principio se alegraron los dos. Habían pasado muchas miserias, muchas hambres, tenían las ropas gastadas. Además, tenían miedo de que se cerrara la casa-cuna. ¿Dónde llevarían entonces a la niña? El marido estaba orgulloso de poder sostener a su familia como era debido. Propuso a su mujer que dejara el trabajo. Además, quería conservar la sensación de su independencia. Desde muy joven estaba acostumbrada a mantenerse. Al principio les fué bastante bien. Se mudaron a un piso mejor: dos habitaciones y una cocina. Tomaron una muchacha para que cuidara de la nena... Ella se dedicó con más intensidad al trabajo de su barrio...

Su marido también estaba muy ocupado. Sólo iba a casa por las noches.

Después tuvo que salir de viaje enviado por el «Combinado». Pasó tres meses con gentes de la Nep. Cuando regresó, ella sintió un agudo dolor; parecía un «extraño». Apenas la escuchaba cuando hablaba. Se vestía muy bien, hasta se perfumaba, y no paraba ni cinco minutos en casa.

Entonces comenzó... Antes no había bebido nunca... Sólo en las grandes fiestas. Durante la revolución, en medio del agobiante trabajo, no había tiempo para pensar en el alcohol. Pero ahora, sí. Cuando por vez primera llegó a su casa algo embriagado, ella sintió más miedo que tristeza. Pensó: ¿No le haré esto daño? No sufrirá su reputación? Por la mañana le hizo una serie de consideraciones. Pero él bebió su té, de pie y en silencio; tenía mucha prisa. Se marchó sin contestarla. Ella se sintió ofendida. Sin embargo, pensó que le daba vergüenza y callaba por eso. Tres días después volvió otra vez a casa borracho. Ella estaba triste e intranquila... Por la noche pasaba malos ratos con él... Era desagradable. Aunque se quiera a una persona... de todos modos... siempre da asco... Al día siguiente hablaría con

él; pero apenas había empezado a hacerlo cuando la miró con ojos terribles, y no pudo decir más.

Cada vez llegaba a casa borracho con más frecuencia. Ella no lo pudo soportar más. Dejó de ir a su trabajo para esperar a que estuviera sobrio. Le dijo todo, todo. Que no podían seguir viviendo así, que ya no eran camaradas, que ya no les unía más que la «cama común... Le habló de su borrachera, le amenazó, le avergonzó, le lloró... El la escuchaba. Primero trató de defenderse. Que ella no comprendía esas cosas, que había que «alternar» con los de la Nep, que esa era la costumbre; de otro modo no se podían hacer negocios. Luego se quedó pensativo y admitió que a él mismo le desagradaba aquella vida. La rogó que no estuviera triste y la dió la razón... Al despedirse la cogió la cabeza entre sus manos, la miró a los ojos, como antes, y la besó... A ella se la quitó un peso de encima. Aquel día fué muy contenta a trabajar. Pero no había pasado una semana cuando de nuevo volvió a casa borracho. Ella empezó a hablarle. El la interrumpió dando un golpe en la mesa, diciendo «¿A ti qué te importa?... Así viven todos... Si no te parece bien, ¡nadie te retiene!»

La dejó sola. Ella anduvo todo el día como bajo una carga. ¿Es que ya no la quería nada? ¿Debía marcharse? Pero aquella tarde su marido volvió muy temprano. Estaba sobrio, lleno de remordimiento. Hablaron toda la noche, y otra vez se sintió contenta.

Ella lo comprendía: era la sociedad; es difícil abstenerse. El dinero se gana con facilidad y uno tiene que alternar. La contó muchas cosas de los de la Nep,

(1) Combinados se llaman a las industrias privadas con participación del Estado.